

## José Rallo, mi homenaje

Mi homenaje a José Rallo Romero tiene una soterrada continuidad, porque se sustenta sobre tres razones a las cuales haré mención antes de nada, y que detecto en él desde mis primeros años de formación. En primer lugar, la de nuestra amistad. Iniciada en 1945, o sea, nada menos que hace 47 años, me bastó «vistearlo», que decía Borges, para darme cuenta de quién era y advertir, en consecuencia, que se podía y se debía estar con él. En segundo lugar, el que aquella amistad, aquel conocimiento inicial, primerizo, no quedó en eso, sino que se fue enriqueciendo por un afecto profundo entre él y yo, nunca ensombrecido; al contrario, enriquecido, y, además, probado en reiteradas ocasiones: aludo aquí a las difíciles circunstancias de aquellos años siniestros de la dictadura, y de la dictadura, a su vez, delegada en el ámbito de la psiquiatría, en la que la rectitud y la lealdad eran características generalizadas, pero que él poseyó en grado excelso. En tercer lugar, por mi estima intelectual de su formación psiquiátrica y psicoanalítica y por su capacidad para crear un grupo con características muy definidas.

Nuestras vidas —la de Rallo y la mía— han seguido a veces cauces paralelos, o, si no, equidistantes en algunos momentos. Cuando yo dejo de ser alumno interno del Departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial de Madrid —uno de los lugares centrales de la psiquiatría española, por el que pasan en calidad de maestros iniciales Achúcarro y Lafora— lo es entonces Rallo. Con Rallo, Martín Santos, Félix Letemendía, Mercedes Vidal, López de Lerma, Bruno Rueda, José Aumente, Morales Belda y

algunos más, formamos el grupo de jóvenes aprendices en ese departamento, en el que, hasta llegar ellos, de veinte años, sólo había estado yo.

Pero eso sí: con Manuel Peraita, Eugenio Olivares, Bartolomé Llopis, Alfredo Guerra, Tin Lang y muchos más, de más edad, de direcciones y actitudes variadas, y que se unieron a esta institución, de donde algunos de ellos procedían con anterioridad a la guerra civil, y a la que volvían algunos (Olivares, Llopis) para no estar en ese ocio forzado que supuso la depuración de que habían sido objeto. La verdad es que, en ese sentido, López Ibor dejó hacer; no podía, por razones obvias, ser maestro de estos que últimamente he citado y que eran psiquiatras formados con anterioridad, alguno incluso de más edad que él. Pero de todos ellos aprendimos y con todos ellos manteníamos un entusiasta diálogo, de recuerdo imborrable.

Este grupo de jóvenes que cito marca un hito en la psiquiatría española en un sentido al que quiero referirme muy brevemente. Van a ser sólo psiquiatras. Salvo en Cataluña, en el resto de España, se era, hasta entonces, neuropsiquiatra. Y con José María Sacristán, con Germain y algunos otros, bascula la especialidad hacia el espacio psiquiátrico en sentido estricto. Pero *había* que hacer neurología. Yo mismo fui neuropsiquiatra. Y es el grupo de Rallo, Martín Santos, Letemendía, Vidal, Lerma, etc., los que se proyectan ya como psiquiatras autónomos.

Pues bien, pasados estos años de formación clínica y psicopatológica, muy activos, porque éramos enormemente entusiastas, y

creíamos que, con nuestra actitud y nuestro estudio, podíamos en un futuro próximo contribuir a dar un cierto vuelco a la psiquiatría española de la postguerra, Rallo pasa unos años en Francia, con Henry Ey, y en Suiza, con Durand, y vuelve a España para ocupar el puesto de jefe del servicio de psiquiatría de la Clínica de la Concepción.

Hoy puedo y debo decir lo siguiente: cuando Jiménez Díaz hace realidad el Instituto de Investigaciones Médicas y la adyunta Clínica de la Concepción, a través de Sixto Obrador se me ofreció el puesto de encargado del servicio de psiquiatría. Era lógico que así fuera. Tenía yo por entonces unos 34 años, Obrador y yo habíamos colaborado desde que él regresara de Inglaterra y México, incluso él redactó un capítulo —lo poseo aún— de una monografía que no se publicó por problemas editoriales, sobre los síndromes obsesivos (con la colaboración también de Guera y Lang). Yo decliné este puesto, por mi escasa afición a la gran población. Y sugerí a Obrador, para que a su vez lo hiciera a Jiménez Díaz, la persona de José Rallo.

Como siempre me ha pasado con él, no me equivoqué, ni se equivocaron ellos, por supuesto. Pero, sobre todo, ha sido una feliz circunstancia para esta institución en la que él ha ejercido su magisterio durante más de treinta años y ha formado a docenas de psiquiatras, al fin como profesor titular de psiquiatría de la Universidad Autónoma de Madrid.

Y los ha formado de una manera muy peculiar. Porque Rallo es, hoy, ante todo, psicoanalista. Pero ha sido todos estos años, también, un psiquiatra. Psiquiátrica fue su formación inicial, y ambos hemos comentado muchas veces la importancia de aquella «pasada» —como se dice en la jerga de

hoy— por la fenomenología, en la que nos adiestramos en la captación de las formaciones psicopatológicas concretas (la angustia, la fobia, la obsesión, la hipocondría, las ideas sobrevaloradas, las deliroides y delirantes, las alucinaciones, ilusiones, pareidolias, extrañamientos de la realidad, las experiencias de continuidad del yo, las modificaciones del curso del pensamiento, etc.), en lo que —siempre con la dependencia del hecho clínico— alcanzamos sutilezas que hoy parecen innecesarias (para el psiquiatra práctico, no para el psicólogo, que se ha hecho cargo de la psicopatología, como lo demuestra el auge de la actual psicología cognitiva, allí donde el psiquiatra ha renunciado a investigar), pero que afinaron nuestra capacidad para los *insights*. No obstante, gracias a su formación también psicoanalítica —se hace el análisis didáctico con Gressot—, Rallo establece el hilo conductor con una situación que ya comenzó antes de la guerra civil: la presencia del psicoanálisis en la psiquiatría clínica, inaugurada por Angel Garma, y que se interrumpió con el exilio de éste a la República Argentina, en donde se constituye en el introductor del psicoanálisis.

Rallo es, pues, tras la posguerra, el primer psiquiatra español que incorpora la doctrina psicoanalítica a la práctica de un servicio psiquiátrico. Por eso Rallo es, también, un psicoanalista peculiar en la medida en que ha tenido que enfrentarse con la psiquiatría «dura», la psiquiatría del psicótico y de la psicosis, y tener muy bien puestos los pies en la tierra de la realidad que concierne a eso que se denomina enfermo mental. Y como psicoanalista ha desarrollado una labor doble: institucional e investigadora. En la primera debemos señalar el ser Miembro Fundador de la Sociedad Luso-española de Psicoanálisis, Miembro Fun-

dador de la Asociación Madrileña de Psicoanálisis, de la cual ha sido su presidente, presidente del Instituto de Estudios Psicoanalíticos y Psicoterapia Médica. En la segunda, sus muchos trabajos, de los que quiero destacar los que dedica a los sueños, que componen un bloque muy numeroso.

Esta visión sincrética, no ecléctica, de José Rallo de la psiquiatría, que deriva de su formación bifronte, ha sido la característica, luego, de todos los que han recibido su enseñanza teórica y también de su modo de comportarse al hacer clínica psiquiátrica. He tenido ocasión de comprobarlo en sus sesiones clínicas, después de participaciones mías en su servicio.

Pero he de añadir también algo que es importante indicar: el hecho de que Rallo haya ejercido su función en un instituto médico, y de una eminencia indiscutida, ha significado también el que la visión de Rallo se ejerciese, además de sobre los psiquiatras jóvenes que acudían a él dispuestos a aprender, sobre internistas y especialistas en distintas áreas de la medicina interna, inculcándoles una perspectiva dinámica a su quehacer médico propiamente dicho. De aquí procede su atención a los aspectos psicósomáticos de la alopecia, del asma bronquial, de la tricotilomanía, de los trastornos de la micción, de la extrasistolia, etc., así como los que dedica a la psicoterapia en el hospital general.

\* \* \*

Pasados los años, esta misma sociedad tuvo la gentileza de dedicarme un homenaje al jubilarme de mi cátedra de psiquiatría y al cesar, al mismo tiempo, como director del Dispensario de Psiquiatría de Córdoba,

después de 38 años de labor. José Rallo fue el interviniente en ese homenaje, como ahora, años después, lo soy yo en el de él. Por eso nuestros cauces existenciales habían seguido en ocasiones una cierta equidistancia.

Ustedes, los más jóvenes, tienen, pues, directa o indirectamente, una deuda con José Rallo. Muchos de ustedes pueden no ser conscientes de esa deuda: han incorporado algo de él sin saberlo, ignorando su procedencia. Eso ocurre siempre, y no debe escandalizarnos. Todos vivimos intelectualmente no tanto de quienes directamente aprendemos sino de eso que flota en el ambiente intelectual en que vivimos. En cualquier caso, somos nosotros, los mayores, los que representamos vuestra memoria y, en este sentido, los que tenemos la misión de hacer que ustedes evoquen —fíjense bien: que «evoquen»— lo que no vivieron por experiencia, lo que creían ustedes no poseer en el almacén de vuestros recuerdos, pero incorporaron sin advertirlo e hicieron definitivamente suyo. Mientras nosotros, los mayores, existamos, evitaremos que entre nuestro pasado, y nosotros mismos como el pasado inmediato de ustedes, que constituyen ya el presente, se dé alguna suerte de solución de continuidad.

Entre todos haremos la historia de nuestra psiquiatría, y haremos que se sepa de ella. Saber historia tiene un doble sentido: en primer lugar, se evitan descubrimientos de enojosos mediterráneos (quien olvida la historia está condenado a repetirla, decía George Santayana), se sabe de dónde se viene y a dónde se debe o no se debe ir, en este caso en el universo del pensamiento psiquiátrico; pero además, y en segundo lugar, saber historia es una cuestión *moral*: porque se debe pagar la deuda contraída con aquellos a los cuales debemos parte de la identidad que poseemos, y la manera de pa-

garla —no hay otra— es el recuerdo. La desmemoria (en los que no padecen un alzheimer, claro está) es una forma de ingratitud y, en última instancia, una inmoralidad. El «desmemoriado», como el desagradecido, no es de fiar.

Con este homenaje a José Rallo demuestran ustedes vuestra capacidad de gratitud hacia el que ha sido maestro de un centenar de psiquiatras españoles, y yo la mía, por la ejemplaridad y la amistad que me otorga desde hace tantos años.

\* Carlos Castilla del Pino. Córdoba.

\*\* Artículo leído en el «Homenaje a J. Rallo», XI Jornadas Nacionales de la A.E.N., Ciudad Real, VI, 1992.